

Nuevas dimensiones de la pobreza en América Latina: acumulación de desventajas y biografías de exclusión

Gonzalo A. Saraví

1. Introducción

En el transcurso de las últimas dos décadas, pero particularmente en los noventa, el concepto de exclusión social ha ganado fuerza en el estudio de la *nueva pobreza*. En este sentido, se trata, o pretende ser, al mismo tiempo un concepto y un enfoque; hacer referencia a un problema social específico y a los sectores de la población afectados por él, y a la vez plantearse como una forma particular de mirar y analizar situaciones vinculadas a la pobreza, la privación, y la desigualdad. Más allá de las voces encontradas respecto al logro o no de esta pretensión y del debate generado en torno a sus virtudes y aportes, sobre lo que no queda duda es que el concepto de exclusión social ha logrado constituirse en la llave para reexaminar diversas dimensiones vinculadas a la pobreza y la desigualdad en la sociedad contemporánea; tal como lo señala Estivill (2003), permitió relanzar un debate que en las últimas tres décadas parecía relativamente estancado.

Si bien las especificidades nacionales, e incluso locales, no han perdido fuerza, es cierto que los procesos de globalización han implicado la expansión y homogeneización de un modelo particular de reforma y reestructuración socioeconómica que ha alcanzado los rincones más remotos del globo. El concepto y el enfoque de la exclusión social surgieron en buena medida para dar cuenta de los efectos que tuvieron estas transformaciones asociadas a la globalización, particularmente en los sistemas de bienestar y los mercados de trabajo, sobre la estructura social (Bhalla y Lapeyre 1999). El concepto de exclusión social no hubiese alcanzado la misma difusión y consolidación en el debate social contemporáneo de no haber sido cobijado bajo los profundos procesos de cambio asociados con la globalización. Como si se tratara de un cambio epocal, similar al que favoreció la emergencia de la sociología, en todos estos estudios y debates se observa un retorno a una de las preocupaciones fundantes de esta disciplina como lo es la posible fractura del lazo social y la emergencia de crecientes espacios de exclusión.

Sabemos que los procesos asociados a la globalización (incluyendo reestructuración económica y reformas estructurales) colocan a la sociedad en su conjunto, pero con particular presión a los sectores más desfavorecidos, bajo un nuevo escenario de oportunidades y constreñimientos que implica una reformulación de la condición de pertenencia y un incremento de los riesgos de exclusión. Sin embargo, las particularidades regionales y nacionales también cuentan, y los procesos antes mencionados lejos de seguir un patrón homogéneo se desarrollan y plasman de manera diversa en interacción con aquellas especificidades. Dicho en otros términos, las expresiones locales de la globalización nos plantean el desafío de explorar las especificidades que potencialmente puede adquirir la exclusión social en diversos contextos socio-históricos.

Adicionalmente, más allá de una clara y aceptada referencia de la exclusión a una falta o deficiente integración, esta última no es una condición que se construye de la misma manera en toda sociedad. La integración, y por ende la exclusión, no sólo no es cuantificable ni se traduce espontáneamente en una variable unívoca, sino que requiere en sí misma de un proceso de

interpretación y análisis acerca de las especificidades locales de la forma en que se teje la relación individuo-sociedad. Esta condición interpretativa y multidimensional de la integración social da lugar, por un lado a que distintos estudios prioricen diferentes aspectos como el lazo social determinante, y por otro a que desde la exclusión social pueda considerarse más de una sola dimensión de análisis. En este sentido, se plantea un segundo desafío investigativo que consiste en establecer las especificidades del lazo social en el contexto a analizar.

Si bien la noción de exclusión social ha sido criticada con fuerza por su ambigüedad y polisemia, nuestra interpretación es que en gran medida (aunque no se descarta cierto abuso e indefinición en su utilización conceptual) estas características derivan de su propia complejidad, la cual ha sido expresada aquí en términos de los desafíos que plantea el análisis de la exclusión social. En lo que sigue de esta ponencia, pretendo precisamente abordar estos dos desafíos teniendo en mente simultáneamente la especificidad y diversidad de América Latina.

Sin esperar una coincidencia perfecta, puede trazarse una equivalencia entre estos dos desafíos y la diferenciación planteada inicialmente entre un concepto y un enfoque de la exclusión social. Por un lado, se trata de explorar la validez del concepto para América Latina, y más específicamente detenernos en su referente; Qué forma asume la exclusión social? Qué relación mantiene con otros fenómenos tales como la pobreza, la marginalidad, y la desigualdad? Por otro lado, se trata de explorar las potencialidades de este enfoque para América Latina; Cómo debe abordarse la exclusión social? Cuáles son las virtudes de esta perspectiva para re-examinar la cuestión social en las sociedades contemporáneas de nuestra región?

2. De la Pobreza a la Exclusión Social

El debate entorno a la exclusión se concentra sobre la emergencia y confluencia de diversos procesos que conducirían al debilitamiento de los lazos que mantienen y definen en una sociedad la condición de pertenencia. Las divergencias y contrastes (que suelen confundirse con ambigüedad o indefinición) emergen cuando se trata de definir cuáles son los factores determinantes de esta ruptura, lo que implica simultáneamente concepciones encontradas sobre los fundamentos de la *solidaridad* social. En el debate contemporáneo (y mayoritariamente europeo) pueden reconocerse al menos tres respuestas distintas: la pobreza y la desigualdad, desarrollada por una perspectiva anglosajona que reconoce como antecedente directo la discusión en torno al carácter relativo o absoluto de la pobreza; el desempleo y la precarización laboral (y social), que en los estudios franceses aparecen como las expresiones más evidentes de la crisis de la sociedad salarial; y las limitaciones y/o no cumplimiento de los derechos de ciudadanía, respuesta asumida particularmente en los estudios y documentos promovidos por diversas instancias de la Unión Europea.

Una de las principales fuentes teóricas de las que se ha nutrido el concepto y enfoque de la exclusión social es efectivamente el debate más reciente y ambicioso en torno a la definición de pobreza. El trabajo pionero de Peter Townsend (1979) estableció una noción menos estrecha de pobreza al considerar su carácter relativo. La definición de pobreza, de acuerdo con esta perspectiva, no debería tomar como referencia la satisfacción de un conjunto absoluto de necesidades básicas, sino las oportunidades individuales de participación en la comunidad de pertenencia. Desde esta perspectiva, la pobreza adquiere un carácter doblemente relativo. Por un lado, los recursos necesarios para lograr este nivel de participación son relativos en términos de tiempo y espacio, es decir dependen del contexto socio-histórico bajo análisis. Por otro lado, la pobreza constituye una situación de privación social relativa a los niveles prevalecientes de participación. Es evidente, que en el argumento de Townsend, el

concepto de participación se aproxima al de integración, y el de pobreza se hace prácticamente indistinguible del de desigualdad.

Cuestionando el carácter exclusivamente relativo de la pobreza e iniciando un rico debate en torno a este concepto, Amartya Sen (1981, 1983, 1995) introduce nuevas nociones y herramientas de análisis que dan lugar a una nueva perspectiva de la cual se nutrirá el enfoque de la exclusión social. A los efectos del argumento que aquí me propongo desarrollar el concepto de "capacidades" (capabilities) introducido por Sen resulta fundamental. Las situaciones de pobreza o privación son definidas en relación a las capacidades de los individuos y/o los hogares para satisfacer un conjunto absoluto de condiciones (functionings) básicas. Es decir, siguiendo a Sen, la pobreza no puede identificarse simplemente con la no satisfacción de alguna de estas condiciones, ni tampoco con la carencia de determinados recursos para obtener dichas condiciones. La pobreza en cambio, hace referencia a las capacidades, y más específicamente a las limitaciones o carencias de la "bolsa" de capacidades de los hogares. Sen le dirá a Townsend que la pobreza es un concepto relativo cuando enfocamos el análisis sobre los recursos, pero adquiere un carácter absoluto cuando nos detenemos sobre las capacidades. Con el concepto de "capacidades" Amartya Sen ha pulido la noción poco precisa de Townsend respecto a la *participación en las actividades de la comunidad*, y al mismo tiempo llevado hasta su límite el concepto de pobreza.

Es decir, por un lado resulta evidente que los aportes de Townsend y Sen, dieron lugar a una noción de pobreza en que implícitamente comenzaba a insinuarse que ésta se asocia de alguna manera con la relación individuo-sociedad. Cómo, de qué tipo, y en que nivel se establece esta relación son algunas de las preguntas que alimentan un debate aún inconcluso, pero del que no podía escapar el concepto de exclusión social en su mismo proceso de gestación.

Tal y como lo señalan Bhalla y Lapeyre (1999), los enfoques hasta aquí revisados privilegian en el análisis lo que podría llamarse una dimensión distribucional de la exclusión social, y esta es la razón por la cual aún se trata de una perspectiva de análisis de la pobreza. El concepto-enfoque de exclusión social, desarrollado principalmente por intelectuales franceses y más tarde en el marco de la Comisión Europea de Asuntos Sociales, toma esta dimensión distribucional, pero incorpora, y en cierta medida privilegia, una dimensión relacional. Es este último aspecto lo que constituye la esencia de este nuevo concepto-enfoque. La exclusión social es primeramente un problema relacional, de ruptura del lazo social, y esta ruptura en la tradición europea, particularmente francesa, es asociada con la crisis de la sociedad salarial (Paugam 1995, Room 1995, Castel 1997, Bahalla y Lapeyre 1999).

Los dos principales motores de exclusión son por un lado el desempleo y la precariedad laboral entre grupos de trabajadores previamente integrados, y por otro las dificultades que enfrentan los nuevos (potenciales) trabajadores para ingresar al mercado de trabajo (Rodgers 1995, Maguire y Maguire 1997). No se trata simplemente de un problema del mercado laboral, sino de la crisis de los mecanismos de integración social. Una integración precaria y débil al mercado de trabajo ha sido asociada con otras desventajas tales como acceso a la educación, a la vivienda, a los servicios de salud, a un ingreso decente, a niveles aceptables de participación social, etc. Paugam (1995) por ejemplo, observa que "la fuerza del vínculo entre la situación de empleo y otras dimensiones de la vida económica y social –familia, ingresos, bienestar, y contactos sociales- sugiere que aquellas personas en situaciones de precariedad laboral tienen buenas chances de ser / quedar excluidos" (56). Las transformaciones estructurales en los mercados de trabajo, y en particular sus efectos de desempleo y precarización, representan los disparadores de un proceso de acumulación de desventajas que conduce a un estadio final de desafiliación respecto a la sociedad, es decir de exclusión social.

En buena medida tomando como punto de partida esta última perspectiva, y en el marco de estudios patrocinados por la Unión Europea, se desarrolló una aproximación que rescató la noción de ciudadanía. Los derechos de los ciudadanos a un nivel básico de bienestar material y participación social emergieron como punto de referencia del concepto de exclusión. Es evidente la influencia de los planteamientos desarrollados originalmente por T. H. Marshall acerca del proceso histórico de ciudadanía y su diferenciación de derechos civiles, políticos, y sociales como componentes centrales de la noción moderna de ciudadanía. Al igual que el acercamiento que se trazaba a partir de una noción dinámica y multidimensional de la pobreza, la noción de ciudadanía entendida como *membership*, es decir como una condición socio-históricamente determinada de pertenencia, se constituye en una variante conceptual prácticamente indiferenciable de la de exclusión social. Desde esta línea de trabajo “la exclusión social es analizada en términos de la negación –o no realización- de los derechos sociales; en otras palabras, en términos de la extensión en que el individuo es integrado como miembro de una comunidad moral y política” (Room 1995: 7). El foco de atención se desvió así del mercado de trabajo a la ciudadanía social. De esta manera, el concepto de exclusión social resultó fuertemente atado a la noción de ciudadanía, y en particular (aunque no exclusivamente) a la extensión de los derechos sociales.

A través de cualquiera de estos tres caminos se llega a un concepto y una estrategia de análisis multidimensional y procesual que se sintetiza en la noción de exclusión social. Todos ellos no deben interpretarse necesariamente como mutuamente excluyentes, sino que al contrario, las dimensiones enfatizadas por cada uno no dejan de ser incorporadas por los demás. Precisamente de allí resulta el carácter multidimensional y dinámico que los caracteriza a todos por igual. Pero el aspecto común que constituye la esencia de la noción de exclusión social es la idea de una fractura en los lazos que tejen la relación individuo-sociedad. Las diferencias, por otra parte, proceden de dónde se sitúa el factor clave que define la pertenencia, que teje la relación individuo-sociedad: el mercado, el trabajo, o la ciudadanía, respectivamente.

A diferencia de lo que sucede en el debate Europeo, situarnos en este nivel de discusión carece de sentido en el contexto latinoamericano, o al menos debe transcurrir por otros senderos. La integración social, en estas sociedades, puede describirse como un proceso multifiliatorio (Kaztman et. al. 1999), donde ningún lazo social tiene la fuerza que en otros contextos adquiere la relación salarial, los derechos sociales, o incluso la participación en el mercado, pero donde existen otros muchos lazos sociales más débiles que brindan un sentido de pertenencia. La integración social, en América Latina está teñida de claros oscuros; dominada, en algunos países más que en otros, por integraciones parciales.

En este sentido la exclusión social puede ser mejor aprendida como el resultado final de un proceso de acumulación de desventajas que va minando la relación individuo-sociedad. Como si se tratara de un proceso de descalcificación de la estructura ósea, los huesos pueden ir perdiendo firmeza y estabilidad pero múltiples filamentos óseos pueden mantenerlo aún en pie; si la descalcificación se expande o se asocia con algún episodio traumático esto puede conducir a la fractura. Tal como lo señala Estivill “la exclusión social puede ser entendida como una acumulación de procesos confluyentes con rupturas sucesivas que, arrancando del corazón de la economía, la política y la sociedad, van alejando e “inferiorizando” (sic) a personas, grupos, comunidades y territorios con respecto a los centros de poder, los recursos y los valores dominantes” (2003: 19). En efecto, esta interpretación más operativa y al mismo tiempo más abierta al análisis, de la exclusión social como resultado de un proceso de acumulación de desventajas, tiende a ganar fuerza y consenso en el debate contemporáneo.

Este punto al que hemos arribado tiene dos fuertes implicaciones metodológicas que sólo mencionaré aquí a manera de introducción para abordar con mayor detalle en el próximo apartado. La primera de ellas consiste ni más ni menos que en problematizar la emergencia de estos procesos acumulativos de desventajas; cómo abordarlos, que conceptos nos hacen falta, hacia dónde dirigir nuestra atención. La segunda implicación es que el concepto de exclusión social se constituye en un tipo ideal (en términos sociológicos, claro está). Resulta fútil, y en cierta medida irrelevante, concentrar los esfuerzos en la identificación de situaciones puras y extremas de exclusión social, lo cual además, como señala Atkinson (2000), puede desviar la atención de las consecuencias más extendidas del nuevo orden social, que consisten en colocar a amplios sectores en condiciones de precariedad, riesgo, e incertidumbre. Es decir, la exclusión social como enfoque, invita a centrar el análisis no en situaciones puras de exclusión, sino en situaciones de vulnerabilidad caracterizadas por procesos más o menos intensos de acumulación de desventajas.

3. Un Enfoque para el Análisis de Procesos de Acumulación de Desventajas

La centralidad que adquieren los procesos de acumulación de desventajas y las situaciones de vulnerabilidad como dimensiones clave en el análisis de la exclusión social, establece una conexión directa y necesaria con una perspectiva de curso de vida. De hecho, pueden encontrarse profundas interconexiones entre los enfoques de la exclusión social y el curso de vida que los hace sino directamente complementarios, generadores de una sinergia que potencia recíprocamente sus capacidades analíticas.

Por un lado, si el elemento esencial que descubre la exclusión social es la vulnerabilidad de amplios sectores de la población a quedar atrapados en círculos de desventajas, resulta necesaria una estrategia metodológica que permita focalizar el análisis sobre procesos, y que al mismo tiempo permita evaluar factores y situaciones de riesgo antes que estos se materialicen en experiencias biográficas concretas. El carácter multidimensional y procesual de la exclusión exige una perspectiva que permita trascender la instantaneidad característica de los estudios tradicionales sobre pobreza, y permita deshilvanar la madeja de desventajas que se entretajan y retroalimentan en las trayectorias biográficas.

De hecho esta fuerte asociación entre la exclusión social entendida como resultante de un proceso de acumulación de desventajas y un análisis biográfico, está implícitamente presente en la formulación original de la idea de procesos acumulativos de ventajas y desventajas que indiscutiblemente debe atribuirse a Merton (1968). En efecto, en un estudio sobre los sistemas de retribuciones a lo largo de la carrera profesional en la comunidad científica, Merton establece que dentro de una misma cohorte de científicos las desigualdades tienden a incrementarse con el paso del tiempo, en la medida que estas tienden a enlazarse con desigualdades previas. De este modo las diferencias y desigualdades intracohorte comienzan a amplificarse y auto-reproducirse como resultado del hecho que distintas carreras profesionales individuales pueden verse atrapadas en cadenas de ventajas o desventajas que se retroalimentan y acumulan unas sobre otras. Sólo estamos a un paso para trasladar la acumulación de desventajas de una trayectoria en particular, como lo es la científica profesional, a la experiencia completa y multidimensional del proceso biográfico.

Pero no se trata sólo de una complementariedad metodológica entre esta perspectiva de la exclusión y la vulnerabilidad social, por un lado, y un enfoque centrado en el curso de vida, por otro; se trata también de una asociación analítica, y más aún factual. En la sociedad contemporánea el curso de vida, y en particular la experiencia biográfica, constituye el cuerpo en el que se cristalizan las

situaciones de vulnerabilidad y riesgo en las que transcurre la vida de los individuos. Es decir, tal como trataremos de explorar más adelante, nuevas situaciones de riesgo, nuevas desigualdades, pero también desventajas estructurales ya conocidas, tienen hoy un efecto más heterogéneo y al mismo tiempo más focalizado. Es cierto que ellas afectan con mayor o menor intensidad a determinados sectores de la población, pero también lo es que estos riesgos, desigualdades y desventajas tienden al mismo tiempo a decodificarse diferencialmente "y" al nivel micro del individuo, o dicho con mayor precisión al nivel de la experiencia biográfica individual.

En efecto, tal como coinciden en señalar diversos autores, que por otro lado difieren en sus intereses y enfoques, la sociedad contemporánea hace de la experiencia biográfica un proceso particularmente incierto y vulnerable (Esping Andersen 1999, 2002, Giddens 2001, Beck 2002, Beck y Beck 2003, Fitoussi y Rosanvallon 1997). Al menos tres aspectos, íntimamente relacionados entre sí, confluyen para potenciar esta sensibilidad del curso de vida: un proceso secular de individualización, la emergencia de desigualdades dinámicas, y la desarticulación de la estructura de oportunidades.

Por un lado, el proceso de individualización que se constituye en uno de los rasgos esenciales y definitorios de la nueva modernidad consiste precisamente en un resquebrajamiento de las "biografías normales"; es decir, un debilitamiento de los patrones biográficos tradicionales, socialmente sancionados y pautados (Giddens 2001, Beck y Beck 2003). La estabilidad familiar, el empleo de por vida o una carrera laboral de largo plazo, la seguridad social, o los roles tradicionales de género, por citar sólo algunos ejemplos, se han visto seriamente debilitados como supuestos y pilares sobre los cuales construir la propia biografía.

Esta individualización institucionalizada, en la medida que no responde al poder volitivo del individualismo liberal, somete a los individuos a nuevas exigencias reflexivas que se traducen en la necesidad de un monitoreo permanente de la propia experiencia biográfica. Esta exigencia, sin embargo, no necesariamente se traduce en una práctica; la capacidad reflexiva a nivel individual, y la individuación a nivel societal presentan limitaciones, claroscuros y disparidad de niveles. Por un lado, suele olvidarse que la reflexividad es intensamente demandante de recursos, y *ceteris paribus* que es afectada por su carencia; por otro lado, el énfasis en la individuación tiende a exagerar el desincrustamiento de los individuos con respecto a tramas sociales y culturales (Rustin y Chamberlyne 2002). Las decisiones de los individuos, pero también los procesos y capacidades (oportunidades y constreñimientos) para la toma de decisiones, adquieren mayor peso dando por resultado mayor diferenciación y riesgo en los patrones biográficos.

La mayor sensibilidad al riesgo del curso de vida puede interpretarse también como resultado de la emergencia, o en su defecto expansión, de desigualdades de un nuevo tipo que en términos de Fitoussi y Rosanvallon (1997), se definen como *desigualdades dinámicas*. En contraste con las desigualdades estructurales o permanentes, ellas se caracterizan por su transitoriedad y eventualidad, pero que en la sociedad contemporánea tienden a extenderse y fijarse en las trayectorias biográficas, siendo éste su carácter novedoso más que el factor de desigualdad en sí mismo. Es en este sentido que Fitoussi y Rosanvallon (1997) señalan que estas nuevas desigualdades sólo pueden rastrearse en las trayectorias efectivas de los individuos, por lo cual para muchos se trata de *desigualdades de la trayectoria*.

Se trata entonces de desigualdades fundamentalmente intracategoriales (Fitoussi y Rosanvallon 1997), que se superponen (a) y fragmentan las desigualdades estructurales. Nuevamente debemos considerar y matizar los contrastes contextuales; que en sociedades avanzadas las desigualdades dinámicas tiendan a cobrar preeminencia sobre las permanentes no debe llevarnos necesariamente ni a

la aceptación de este axioma ni al rechazo de estas nuevas desigualdades en América Latina. La especificidad reside precisamente en que sobre desigualdades estructurales que no sólo no pierden fuerza sino que se profundizan, emergen desigualdades de trayectorias que incrementan la vulnerabilidad de la construcción biográfica, que fragmentan las categorías de clase o status con múltiples patrones biográficos, y que plantean el riesgo de la exclusión. El curso de vida, y en particular las trayectorias biográficas, constituyen la unidad de análisis en que accidentes o eventos aleatorios pueden constituirse o en desigualdades desencadenantes o en nuevos engranajes, de procesos de acumulación de desventajas.

Como implícitamente hemos mencionado en los dos puntos anteriores (individualización y desigualdades dinámicas), la experiencia biográfica no transcurre en el vacío. Tal como señala O'Rand (1990, citado en Dewilde 2003), the state, the market, and the family determine the opportunity structure within which the consecutive cohorts develop their life courses. Es decir, los procesos de acumulación de desventajas no son un problema de "las biografías", o de "un curso de vida desviado" (Dewilde 2003), sino de una estructura de oportunidades que hace al proceso de construcción biográfico más problemático e incierto. Al menos para el caso de América Latina, cuatro instancias clave forman parte de la estructura de oportunidades en la que transcurre la vida de los individuos y sus hogares: el estado, el mercado, la comunidad, y la familia. Una extensa bibliografía, sobre la que no me detendré aquí, ha documentado ampliamente las profundas transformaciones que con mayor o menor intensidad han experimentado todas y cada una de estas esferas en el transcurso de las últimas décadas. La emergencia de políticas de combate a la pobreza, la focalización, y la fragmentación del bienestar en el estado, la creciente precarización e inestabilidad del mercado de trabajo, la segregación, la estigmatización y el distanciamiento de los espacios urbanos, y nuevas estructuras y dinámicas de organización en las familias, son algunos de los aspectos que reconstruyen un escenario de nuevas oportunidades y constreñimientos, pero que en todos los casos contribuyen a una creciente fragmentación y desigualdad en la experiencias biográficas. Esping Andersen ha tematizado en extenso esta problemática llamando la atención sobre la desarticulación entre los componentes de un régimen de bienestar desactualizado y en proceso de transformación que da lugar a la emergencia de *life course risks* o riesgos del curso de vida.

La confluencia de estas tres dimensiones incrementa la incertidumbre, el riesgo, y la desigualdad del curso de vida, y en particular de la experiencia biográfica. Son precisamente estos tres rasgos de la sociedad contemporánea los que vuelven analítica y empíricamente relevante hablar de procesos de acumulación de desventajas. Metodológica y analíticamente resulta conveniente, sin embargo, diferenciar entre procesos sincrónicos y diacrónicos de acumulación de desventajas, los cuales si bien pueden desarrollarse independiente o simultáneamente, implican dos situaciones diferentes.

La acumulación de desventajas sincrónica se refiere a aquella situación en que una desventaja puede disparar simultáneamente otras. Dicho en otros términos se trata de un conjunto de desventajas atadas entre sí, en el cual si bien una de ellas es el disparador inicial todas se despliegan simultáneamente con un efecto acumulativo. Tomemos como ejemplo la pérdida del empleo; este evento puede asociarse con disminución de los ingresos, inserción de otros miembros al mercado de trabajo, cambios en las pautas de consumo (incluso alimenticio), malestar psicológico y conflictos intrafamiliares, etc. Se trata sólo de un ejemplo imaginado, aunque varias de estas asociaciones han sido establecidas en diversos estudios empíricos; lo importante de destacar es el carácter potencial que le dimos a esta asociación; en efecto, tanto la composición de este conjunto de desventajas como la intensidad de cada una variará dependiendo de la etapa del curso de vida, y de la estructura de oportunidades y los recursos disponibles. Estos aspectos dotarán de heterogeneidad al conjunto de

desventajas atadas al desempleo, como a sus impactos sobre la experiencia individual y familiar.

Por otro lado, la acumulación de desventajas diacrónica se refiere a los casos en que una desventaja en un tiempo cero tiende a traer aparejadas otras desventajas en tiempos sucesivos de corto, medio o largo plazo. Se trata de lo que O'Rand ha llamado "stratification over the life course", y que define como processes of differentiation or heterogeneity that unfold during the life course, particularly trajectories of economic inequality (1990 citado en Dewilde 2003). Esta es la forma en que habitualmente se hace referencia a los procesos de acumulación de desventajas, y que, como mencionamos anteriormente, tiene un claro antecedente en el estudio de Merton ya referido. Lo que pone de relieve la acumulación de desventajas en forma diacrónica es el peso, el gran peso, del punto de partida, es decir de las desigualdades y desventajas iniciales. Tal como señala Dewilde:

This process of growing intra-cohort differentiation is associated with socially structured trajectories of inequality, which is not unimportant within the context of a life course perspective on social exclusion and poverty. Clearly, then, this notion significantly broadens the traditional life course perspective, where increasing differentiation over the life course was considered to be a function of dramatic (historical) events or mechanisms of a more social/psychological nature. (Dewilde 2003: 123).

El enfoque de la exclusión social puede entenderse entonces como un esfuerzo por centrar el análisis en las situaciones de vulnerabilidad que pueden desencadenar procesos de acumulación de desventajas sincrónicos y/o diacrónicos. Las implicaciones para la política pública son igualmente trascendentes en la medida que llama a poner el foco de atención sobre situaciones de riesgo antes que en los resultados, y a desarrollar un abordaje más holístico (o multidimensional) y preventivo. En tanto que el concepto de exclusión social se mantiene como un referente potencial para describir una situación en la cual el entrapamiento en estos círculos de desventajas podría conducir a un quiebre o fractura del lazo social. Veamos entonces algunas de las implicaciones del enfoque y el concepto de exclusión social para América Latina.

4. Qué Hay de Nuevo en América Latina

Muy recientemente en diversos espacios académicos de América Latina ha surgido una misma preocupación referida a los aportes y validez de la noción (como concepto y enfoque) de exclusión social en nuestra región. Uno de los problemas, tal vez el más controversial, se refiere a la definición de integración social. Se trata de un problema, sin embargo, que no afecta exclusivamente a las sociedades latinoamericanas; de hecho, las diferencias en las perspectivas revisadas anteriormente radican precisamente en la identificación del *lazo social*; además, como también señalábamos más arriba, el problema de la integración social requiere de un esfuerzo analítico e interpretativo para cada contexto socio-histórico particular. Es decir, no se trata de importar un concepto, sino de asumir el desafío de enriquecerlo y transformarlo a partir de nuevas experiencias de análisis e investigación social.

Dado el carácter multifiliatorio y parcial que caracterizó a la integración social en el contexto latinoamericano, encontrar un factor único y originario de exclusión puede resultar una tarea infructuosa, e incluso fútil. Frente a la falta de derechos sociales, los pobres contaban con la comunidad, la familia, e incluso las relaciones clientelares; frente a un mercado de trabajo poco dinámico, el cuentapropismo y el sector informal eran un espacio de refugio; frente a la pobreza, las estrategias de sobrevivencia, las redes de reciprocidad, o las organizaciones vecinales constituían un respaldo; y así los ejemplos podrían multiplicarse, sobre un trasfondo en que las carencias y el

sacrificio se anclaban en expectativas comunes de una movilidad social intergeneracional a través de la educación y/o el trabajo. La particularidad de la exclusión social en América Latina, que al mismo tiempo se constituye en la principal dificultad analítica, consiste en que ésta se da sobre un trasfondo de profunda pobreza y desigualdad, de extendida precariedad laboral, de limitada ciudadanía. El desafío reside precisamente en poder diferenciar la figura del fondo, es decir las especificidades de la exclusión social en un escenario signado por las características antes mencionadas. Los contrastes pueden resultar más evidentes en el contexto europeo, pero los procesos de acumulación de desventajas no son menos relevantes en la sociedad latinoamericana contemporánea.

En efecto, las especificidades del contexto plantean nuevos desafíos y esfuerzos analíticos. Retomando nuestra distinción original, estos desafíos se plantean respecto al enfoque y el concepto involucrados en la noción de exclusión social. Esta preocupación, específicamente en el contexto latinoamericano, se materializa de manera sintética en dos interrogantes muy concretas: por un lado, ¿cuáles son las diferencias, y en todo caso, los aportes del enfoque de la exclusión social respecto a la bien establecida y consolidada tradición de estudios sobre marginalidad que floreció en los años sesentas y setentas en la región?; por otro lado, la pregunta es si el concepto de exclusión social hace referencia y significa un nuevo problema, una nueva realidad, es decir si hay nuevos atributos en la situaciones de privación y pobreza que por largo tiempo han caracterizado a América Latina.

Un primer aspecto imprescindible a tener en cuenta para abordar esta primera pregunta es cómo se fue gestando el debate sobre la marginalidad y los distintos enfoques que de allí surgieron. Haciendo un gran esfuerzo de síntesis, uno de los ejes clave que permeó este debate fue precisamente la condición de integración de los nuevos sectores sociales emergentes e identificados como los marginales. Desde la teoría de la modernización, efectivamente la marginalidad fue entendida como un problema de falta de integración de sectores específicos de la población, resultante de un proceso de cambio, de una sociedad en tránsito. Desde esta perspectiva, que encuentra su expresión más acabada en los trabajos de Gino Germani (1980), se enfatiza una dimensión actitudinal y más aún cultural como la dimensión clave de la fractura social. El tránsito de una sociedad tradicional a una sociedad moderna, particularmente si éste ocurre de manera acelerada, tiende a generar una situación de anomia en la medida que determinados sectores de la población conservarían normas, valores, y prácticas del viejo orden, inadecuadas a la modernidad emergente. La versión histórico-estructural, que se inserta en el marco de la teoría de la dependencia, y que a la postre se constituiría en el paradigma dominante sobre el tema, se gestó en buena medida en el diálogo y la crítica a la perspectiva modernizadora. La premisa central de este enfoque es precisamente que la marginalidad no representa un problema de falta de integración, sino contrariamente debe atribuirse a la forma particular en que se da la integración en el capitalismo dependiente. El énfasis se desplaza de la dimensión cultural a la económica desde una perspectiva estructural; la marginalidad no es el producto de un sociedad en tránsito, sino del funcionamiento inherente al capitalismo dependiente.

Paralelamente, estudios etnográficos ponían en evidencia la racionalidad e integración de los llamados sectores marginales (ver Perlman 1976, Lomnitz 1975, Roberts 1973). El estado, la comunidad, la familia y, de manera más restringida, el mercado de trabajo tejieron una red de múltiples filiaciones que garantizaron su integración. Las múltiples estrategias de sobrevivencia, la economía informal, los movimientos urbano-populares, pero también las expectativas de movilidad social y progreso fueron temas centrales a través de los cuales se fue nutriendo y fortaleciendo aquella hipótesis.

En síntesis, hay una clara diferencia de enfoques entre la marginalidad y la exclusión. Sin embargo, aunque parezca paradójico decirlo, no se trata de una diferencia por oposición, sino de una

diferencia que resulta complementaria. Los estudios sobre la marginalidad, particularmente en su vertiente histórico estructural, nos ayudan a entender la forma (profundamente desigual por cierto) en que se da la integración social en las sociedades latinoamericanas, la génesis estructural de las condiciones de privación y pobreza prevalecientes, y las claves de un proceso de integración multifiliatorio. Sin estos avances previos, no estaríamos en condiciones de entender y poder abordar el análisis de los procesos de acumulación de desventajas y vulnerabilidad en América Latina, que amenazan hoy con el riesgo de la exclusión social.

Sobre la base de los hallazgos previos la tarea consiste en desentrañar que ha cambiado, cuáles son aquellos aspectos que dan una nueva condición a la cuestión social latinoamericana y que dan lugar a los estudios sobre exclusión social. No es mi propósito abordar esta ambiciosa pregunta aquí; pero sí existe una reciente literatura (en la que por cierto han participado todos los autores de este libro) que comienza a señalar algunas claves para entender la emergencia de esta nueva cuestión social. Es decir, establecida la diferencia de enfoque, nos desplazamos a la segunda pregunta planteada inicialmente referida al concepto.

En el transcurso de la década pasada varios estudios se preocuparon por las huellas en la estructura social y las condiciones de vida de la población que dejaron las profundas transformaciones que acompañaron a un nuevo modelo de desarrollo asumido con mayor o menor intensidad a lo largo de América Latina. Llamativamente estos trabajos centraron su atención en el proceso de empobrecimiento que sufrieron amplios sectores de clase media durante este período de reformas. La virulencia de la “caída” y la abrupta polarización que tenía lugar, particularmente en sociedades con un extendido segmento intermedio y una estructura social más homogénea, justificaron de alguna manera esta tendencia. Sin embargo, menos interés despertó la exploración de las transformaciones que sufrieron y enfrentan los sectores tradicionalmente pobres, los sujetos de la marginalidad. ¿Cuáles han sido los efectos de los profundos cambios que experimentó la región en los últimos decenios sobre la pobreza estructural? ¿Es la misma pobreza estructural o somos testigos de una nueva pobreza estructural? Me referiré a algunos de estos problemas emergentes que representan un cambio sustancial en el escenario en el que se sitúa la nueva pobreza y los nuevos pobres.

El primero de estos atributos tiene que ver con la historicidad de la pobreza estructural. El simple paso del tiempo es ya en sí mismo un factor de cambio que transforma su naturaleza, y más importante aún su percepción. Por un lado, ya no encuentra sustento empírico la transitoriedad de la pobreza estructural, como algunas tesis de la modernización y el desarrollismo sostenían en los sesenta (Germani 1971). Por otro lado, los propios pobres estructurales de comienzos de siglo tienen una memoria de pobreza estructural que trasciende la propia biografía, remontándose una y hasta dos generaciones atrás.

Este endurecimiento de la estructura social o lo que he llamado “la historicidad de la pobreza estructural”, que puede interpretarse como una manifestación de la primera, tiene dos claras implicaciones que es conveniente diferenciar. La primera de ellas tiene que ver con una dimensión más estructural del problema, que en cierta medida confirma la tesis de la marginalidad respecto al carácter endémico de la pobreza estructural en la región. Este reconocimiento, sin embargo, parece ser asumido incluso por el propio Estado que, ahora, como señala Roberts en su trabajo de este libro, diseña y aplica políticas para la pobreza, como si se tratara de una resignación a convivir con ella. La segunda implicación, es que esta historicidad de la pobreza ha permeado en los propios pobres. En un artículo reciente pero haciendo referencia a los resultados de su investigación sobre los pobres urbanos de Puerto Rico a inicios de los años setentas, Safa (2004) señala que “most of the recruits to this expanding working class were rural migrants, and the opportunities for employment and education in

the city gave them an optimistic outlook on social mobility and aspirations for their children. (Safa, 2004: 187). Existen diversos indicios que sugieren que el endurecimiento de la estructura social está cambiando estas expectativas y optimismo.

El segundo aspecto, se refiere a la concentración espacial de la pobreza urbana. Si bien la dimensión espacial ha sido una de las características tradicionales de la pobreza estructural en las ciudades latinoamericanas, la segregación urbana ha adquirido recientemente nuevos atributos. Diversos estudios han llamado la atención sobre la concentración geográfica de desventajas y la emergencia de lo que Sabatini et. al. (2001) han dado en llamar la *malignidad de la segregación*. La creciente concentración de desempleo y precariedad laboral, de violencia e inseguridad, de abandono escolar y embarazo adolescente, de consumo de drogas e inactividad juvenil, entre muchos otros son algunos de los aspectos que han comenzado a formar parte de la cotidianeidad en enclaves urbanos de pobreza estructural. Como han reconocido diversos autores (Massey 1996, Power 2000, Wacquant 2001) la dimensión socio-territorial es clave en los procesos de exclusión social. La segregación espacial no sólo afecta el cómo se vive la ciudad, sino el sistema de relaciones sociales que se entretienen por y sobre el espacio urbano, es decir, ella implica la fragmentación socio espacial de la interacción social, y la conformación de espacios diferenciados de sociabilidad. Pero algunos otros estudios (Auyero 2001, Saraví 2004) e información de campo de distintos contextos apuntan hacia una creciente erosión de la confianza y el capital social comunitario al interior de estos espacios urbanos de pobreza estructural como consecuencia de la segregación y los aspectos negativos asociados con ella.

El tercer elemento nuevo que aparece en el escenario latinoamericano es lo que utilizando una expresión de Bryan Roberts (2004) podríamos definir como una *ciudadanía de segunda clase* y que hace referencia a las diferenciaciones, o más específicamente desventajas, generadas desde las propias instituciones del Estado. Si bien esta idea es sugerente debería señalarse que no es el Estado la fuente generadora de desventajas, o al menos no lo es aisladamente. En este sentido, cabe retomar la distinción y corrección que hace Esping-Andersen de su propia terminología, entre Estado de Bienestar y Sistema de Bienestar (1999). El Estado, en algunos casos más que en otros, es uno de los posibles proveedores de bienestar, protección y seguridad. En ningún caso, sin embargo, es el único; el mercado y la familia son otras posibles fuentes de satisfacción de estas necesidades de la población, a las cuales en el contexto latinoamericano, deberíamos añadir la comunidad, y crecientemente las ONGs. En América Latina todas estas instituciones actúan simultáneamente pero cada vez con una más clara diferenciación en su población objetivo.

En la práctica los hogares tienden a hacer uso de todos o algunos de estos componentes del sistema de bienestar. Esquemáticamente, sin embargo, se observa una clara y cada vez más profunda segmentación de la población según la o las principales instituciones que les garantizan (o no) la satisfacción de sus derechos sociales: el mercado, el estado, las ONGs. Es el sistema de bienestar el generador de diferenciación en la *calidad* de la ciudadanía, y no simplemente el Estado. Porque además esta decir que esta diferenciación de la población "objetivo", es acompañada de una diferenciación paralela en la calidad de los servicios prestados. Hay una mayor cobertura en educación, pero las diferencias entre la educación pública y privada no deja de ensancharse; las diferencias entre las modernas clínicas privadas, los hospitales públicos, y los centros de salud de ONGs son abismales; hay además seguridad privada, pública y no seguridad; hay sistemas de pensiones privadas, mínimas garantizadas por el estado, y la esperanza de que la familia se acuerde de uno. Es sobre la base de estas diferenciaciones que se generan desventajas que dan lugar a una ciudadanía de primera y segunda clase.

Estas tres dimensiones obviamente no agotan las transformaciones ocurridas recientemente. El

lector habrá notado que entre los muchos otros aspectos que se podrían añadir, figuran dos grandes ausentes: el mercado de trabajo y la familia. En efecto, estas dos esferas han experimentado en América Latina y en el transcurso de los últimos años, profundos cambios. No me detendré aquí sobre ellos porque requeriría de unas cuantas páginas, y lo cierto es que ya existen muchas escritas sobre el tema con gran rigurosidad. Por un lado, la expansión del desempleo en algunos contextos nacionales, y la creciente precarización e inestabilidad del trabajo prácticamente en todos, y por otro lado, la disminución del tamaño de los hogares, la emergencia de nuevos arreglos familiares, la creciente participación laboral de ambos cónyuges, y a veces sólo de la mujer, y una mayor inestabilidad, son algunos de los atributos que caracterizan al mercado de trabajo y a la familia de hoy, respectivamente. Si bien conocemos bastante sobre estas transformaciones, aún sabemos relativamente poco sobre su impacto en las experiencias biográficas.

De lo que nos hablan todas estas transformaciones que hemos repasado de manera sintética, es de la conformación de una nueva estructura de oportunidades. Si se observa con cuidado puede notarse que cada uno de estos cambios contribuye de manera distinta a construir un escenario de mayor presión para el individuo. Los riesgos, la incertidumbre, e incluso la vulnerabilidad adquieren especificidades al nivel individual y de los hogares. Es decir, es el individuo, y en el mejor de los casos su hogar, el que se enfrenta con un resultado incierto frente a este nuevo escenario. Es esta nueva configuración de la estructura de oportunidades lo que da lugar a “biografías de riesgo” y “desigualdades de la trayectoria”, es decir, hace al individuo vulnerable a proceso de acumulación de desventajas sincrónicas y diacrónicas.

5. Conclusión

Pobreza y exclusión no son lo mismo, tampoco marginalidad y exclusión lo son; además, los pobres estructurales no son los únicos vulnerables a la exclusión. El concepto de exclusión social hace referencia al quiebre del *lazo social*, de la relación individuo-sociedad. Es en este sentido que se constituye centralmente en un tipo ideal, cuya riqueza no reside en su capacidad referencial, sino en establecer una conexión de sentido posible que se constituye en una poderosa herramienta analítica.

Algunas transformaciones experimentadas en las últimas dos décadas implicaron la emergencia de un nuevo escenario, con nuevas oportunidades y constreñimientos que hacen a los individuos y sus hogares más vulnerables a verse implicados en círculos de desventajas. Estos procesos son multidimensionales y diversos, fragmentando y minando la homogeneidad de las categorías tradicionales, y concentrando los riesgos y presiones sobre las experiencias biográficas. En el heterogéneo tren latinoamericano de la integración social, el vagón de los excluidos tiene una composición intercategorial. Sin embargo, no debemos dejar de reconocer que, no sólo la persistencia sino la profundización de las desigualdades estructurales, hacen que en los sectores menos favorecidos la vulnerabilidad a la exclusión social se potencie.

El análisis centrado en la exclusión social implica la presencia simultánea de dos niveles de análisis. Por un lado, al enfocarse sobre los procesos de acumulación de desventajas, particularmente en las experiencias biográficas, contiene una preocupación exploratoria y práctica por las raíces de procesos que afectan negativamente las condiciones de vida de los sectores más vulnerables de la población. En América Latina el enfoque sobre la exclusión se plantea contribuir a dar respuesta al problema de la pobreza y el empobrecimiento. Por otro lado, el énfasis en la relación individuo-sociedad (que es una “cuestión” social no individual) obliga a conservar una perspectiva macro, centrada en las características del orden social, y más específicamente del tipo de sociedad que se

construye, con frecuencia resumido en las posibilidades de una sociedad excluyente o incluyente. En América Latina esto se traduce en una profunda preocupación por la desigualdad y la emergencia de una sociedad fragmentada.

Bibliografía

- Atkinson, R. 2000. "Combating social exclusion in Europe: The new urban policy challenge", in *Urban Studies*, 37 (5-6), pp. 1037-1055.
- Auyero, J. 2001. "Introducción. Claves para pensar la marginación", en L. Wacquant *Parias Urbanos. Marginalidad en la Ciudad a Comienzos del Milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- Bayón, M.C., B. Roberts, y G. Saraví. 1998. "Ciudadanía social y sector informal en América Latina", en *Perfiles Latinoamericanos*, 7 (13), pp. 73-111.
- Beck, U. 2002. *La Sociedad del Riesgo Global*. Madrid: Siglo XXI.
- Beck, U. y E. Beck 2003. *La Individualización*. Barcelona: Paidós.
- Bhalla, A. y F. Lapeyre. 1999. *Poverty and Exclusion in a Global World*. New York: St. Martin's Press.
- Castel, R. 1997. *La Metamorfosis de la Cuestión Social*. Buenos Aires: Paidós.
- Castel, R. 1999. "Vulnerabilidad social, exclusión: La degradación de la condición salarial", en J. Carpio y I. Novacovsky (eds.) *De Igual a Igual. El Desafío del Estado ante los Nuevos Problemas Sociales*. Buenos Aires: F.C.E. / SIEMPRO / FLACSO.
- Dewilde, C. 2003. "A life-course perspectiva on social exclusión and poverty", en *British Journal of Sociology*, 54(1): 109-128.
- Esping Andersen, G. 1999. *Social Foundations of Postindustrial Economies*. New York: Oxford University Press.
- Esping Andersen, G. 2002. "A child-centred social investment strategy", en G. Esping Andersen (ed.) *Why We Need a New Welfare State*. New York: Oxford University Press.
- Estivill, J. 2003. *Panorama de la Lucha contra la Exclusión Social. Conceptos y Estrategias*. Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo.
- Faría, V. 1995. "Social exclusion and Latin American analysis of poverty and deprivation", en G. Rodgers, Ch. Gore, y J. Figueiredo (eds.) *Social Exclusion: Rhetoric, Reality, Responses*. Geneva: International Institute for Labor Studies.
- Fitoussi, J.P. y P. Rosanvallon. 1997. *La Nueva Era de las Desigualdades*. Buenos Aires: Manantial.
- Germani, G. 1971. *Sociología de la Modernización*. Buenos Aires: Paidós.
- Germani, G. 1980. *El Concepto de Marginalidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gortari, H. de y A. Ziccardi 1996. "Instituciones y clientelas de la política social: un esbozo histórico, 1876-1994", en VVAA *Las Políticas Sociales de México en los Años Noventa*. México: Plaza y Valdez / Instituto Mora / UNAM / FLACSO.
- Kaztman, R. 2002. "Convergencias y divergencias: exploración sobre los efectos de las nuevas modalidades de crecimiento sobre la estructura social de cuatro áreas metropolitanas en América Latina", en R. Kaztman y G. Wormald (coords.) *Trabajo y Ciudadanía. Los Cambiantes Rostros de la Integración y la Exclusión Social en Cuatro Areas Metropolitanas de América Latina*. Montevideo: Cebra.
- Kaztman, R., et.al. 1999. *Vulnerabilidad, Activos y Exclusión Social en Argentina y Uruguay*. Santiago de Chile: I.L.O.
- Kaztman, R. y G. Wormald. 2002. (coords.) *Trabajo y Ciudadanía. Los Cambiantes Rostros de la Integración y la Exclusión Social en Cuatro Areas Metropolitanas de América Latina*. Montevideo: Cebra.
- Lomnitz, L. 1975 *¿Cómo Sobreviven los Marginados?*. México: Siglo XXI.
- Maguire, M. y S. Maguire. 1997. "Young people and the labor market", en R. MacDonald (ed.) *Youth, Underclass, and Social Exclusion*. London: Routledge.
- Massey, D. 1996. "The age of extremes: concentrated affluence and poverty in the twenty-first century", en *Demography*, 33 (4): 395-412.
- Massey D. y N. Denton 1993. *The American Apartheid. Segregation and the Making of the Underclass*. Cambridge: Harvard University Press.
- Merton, R. K. 1968. "The Matthew Effect in science. The reward and communication systems of science

are considered”, en *Science* (159): 56-63.

Murard, N. 2002. “Guilty victims: social exclusion in contemporary France”, en P. Chamberlayne, M Rustin, y T. Wengraf (eds.) *Biography and Social Exclusion in Europe*. Bristol: The Policy Press.

Murmis, M. 1969. “Tipos de marginalidad y posición en el proceso productivo”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, 5 (2): 413-421.

Nun, J. 1969. Superpoblación relative, ejército industrial de reserva, y masa marginal”, en *Revista Latinoamericana de Sociología* (2): 178:236.

Nun, J. 2001. *Marginalidad y Exclusión Social*. Buenos Aires: F.C.E.

O’Rand, A. M. 1990. “Stratification and the life course”, en R. H. Binstock y L.K. George (eds.) *Handbook of Aging and the Social Sciences*. Third Edition. San Diego: Academic Press.

Paugam, S. 1995. “The spiral of precariousness: a multidimensional approach to the process of social disqualification in France”, in G. Room (ed.) *Beyond the Threshold: The Measurement and Analysis of Social Exclusion*. Bristol: The Policy Press.

Perlman, J. 1976. *The Myth of Marginality: Urban Poverty and Politics in Río de Janeiro*. Berkeley: University of California Press.

Power, A. 2000. “Poor areas and social exclusion”, en A. Power y J. Wilson *Social Exclusion and the Future of Cities*. CASE Paper 35, London School of Economics.

Roberts, B. 1973. *Organizing Strangers. Poor Families in Guatemala City*. Austin: The University of Texas Press.

Roberts, B. 2004. “From marginality to social exclusion: from laissez faire to pervasive engagement”, en From Marginality of the 1960s to the New Poverty of Today: A LARR Research Forum, *Latin American Research Review*, 39 (1): 195-197.

Rodgers, G. 1995. “What is special about a social exclusion approach”, en G. Rodgers, Ch. Gore, y J. Figueiredo (eds.) 1995. *Social Exclusion: Rhetoric, Reality, Responses*. Geneva: International Institute for Labor Studies.

Rodgers, G., Ch. Gore, y J. Figueiredo (eds.) 1995. *Social Exclusion: Rhetoric, Reality, Responses*. Geneva: International Institute for Labor Studies.

Rodríguez, J. 2001. *Segregación Residencial Socioeconómica: ¿Qué es? ¿Cómo se mide? ¿Qué está pasando?, ¿Importa?*. Santiago de Chile: CELADE /FNUAP

Room, G. 1995. “Poverty and social exclusion: The new European agenda for policy and research”, en G. Room (eds.) *Beyond the Threshold: The Measurement and Analysis of Social Exclusion*. Bristol: The Policy Press.

Rustin, M. y P. Chamberlayne. 2002. “Introduction: from biography to social policy”, en P. Chamberlayne, M Rustin, y T. Wengraf (eds.) *Biography and Social Exclusion in Europe*. Bristol: The Policy Press.

Sabatini, F. 2003. *La Segregación Social del Espacio en las Ciudades de América Latina*. Documento del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Serie Azul N. 35. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.

Sabatini, F., G. Cáceres, y J. Cerda 2001. “Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción”, en *EURE*, 27 (82): 21-42.

Safa, H. 2004. “From rural to urban, from men to women, from class struggle to struggles for entitlements”, en From Marginality of the 1960s to the New Poverty of Today: A LARR Research Forum, *Latin American Research Review*, 39 (1): 187-189.

Santos, W. 1979. *Cidadania e Justicia*. Río de Janeiro: Editora Campus.

Saraví, G. 2004. “ Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural”, en Revista de la CEPAL, (83): 33-48.

Sen, A. 1981. *Poverty and Famines: An Essay on Entitlements and Deprivation*. Oxford: Clarendon Press.

Sen, A. 1983. “Poor, relatively speaking”, en *Oxford Economic Papers*, 35: 153-169.

Sen, A. 1995. *Inequality Reexamined*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.

Sen, A. 2000. *Social Exclusion: Concept, Application, and Scrutiny*. Social Developments Papers N.1. Manila: Asian Development Bank.

Townsend, P. 1979. *Poverty in the United Kingdom*. Harmondsworth: Penguin.

Townsend, P. 1993. *The International Analysis of Poverty*. New York: Harvester Wheatsheaf.

Wacquant, L. 2001. *Parias Urbanos. Marginalidad en la Ciudad a Comienzos del Milenio*. Buenos Aires: Manantial.

Yepez del Castillo, I. 1994. "A comparative approach to social exclusion: Lessons from France and Belgium", en *International Labour Review*, 133 (5-6), pp. 613-634.

Reseña Biográfica

Gonzalo Saraví, de nacionalidad argentina, es Doctor en Sociología por la Universidad de Texas en Austin, y actualmente se desempeña como profesor-investigador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) de México. Sus principales áreas de investigación en este momento son Juventud y Transición a la Adulthood, Pobreza, y Exclusión Social en México y Argentina. Sobre estos temas ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas de prestigio internacional. Para contactos dirigirse a la dirección postal: CIESAS, Juárez 87, Tlalpan 14000, México D.F., México; o bien a los teléfonos (52-55) 5655-9738 / (52-55) 5573-9066, Fax: (52-55) 5655-1402; o bien a la dirección electrónica: gsaravi@cieras.edu.mx